

mundo se apresura á comprarlo; el librero aumenta su precio, y se venden muchos más que se vendían antes. De tal obra, por ejemplo, no se hubieran vendido doscientos ejemplares, si la curiosidad del público no se hubiera excitado por las prohibiciones de los magistrados y de los pontífices,, (1). El público no dejaba de tener razón en consultar el catálogo de los libros prohibidos. "Yo no sé, decía Diderot, si no tenemos ya en Francia sentido común ó si carece de él la congregación del *Índice*; pero es lo cierto que no hay casi un solo buen libro de literatura, de ciencias, ni de moral en nuestra lengua que no esté proscrito.

La asamblea general del clero de Francia estaba á la altura de los *monsignori* romanos. En 1775, tres años después del patético memorial que se había remitido al rey, el arzobispo de Tolosa hizo una memoria sobre la debilitación de la religión ocasionada por la multiplicidad de los malos libros: "La plaga de la impiedad, dice, parece crecer lejos de debilitarse; y á no considerar más que la previsión humana, la perspectiva del porvenir nos ofrece nuevos motivos de temor y de aflicción. ¿Qué hacer? No es justo que los enemigos de la religión fatiguen á sus defensores; la perseverancia de los unos debe al menos igualar al encarnizamiento de los otros. Pero ¿no tenemos nosotros nada que añadir á lo que han hecho las últimas asambleas? El poco éxito de los remedios que han sido empleados no debe desarmar nuestro celo, ni condenarnos á la inacción, ni condenarnos á simples y lánguidas repeticiones. Cuantos más progresos haga el mal, más esfuerzos debemos oponerle., ¿Cuál es, pues, ese remedio heroico que ha de curar las llagas de la religión? La asamblea hace exhortaciones y las lleva en corporación al rey "para obligar á la impiedad al silencio con medidas públicas y ruidosas,, (2).

¿Van á callarse los filósofos, cuando los obispos y los abates han ido en corporación á la audiencia del rey para condenar solemnemente los estragos de la impiedad? Oigamos las exhortaciones, y veamos si eran para imponer silencio á los libres pensadores. Desde luego deplora el clero la *desdichada fecundidad* de los escritores impíos. Esto no era nuevo; era una de esas *lánguidas re-*

(1) *Cortas judías*, t. I, p. 142.

(2) *Procesos verbales de las asambleas generales del clero*, tomo VIII, parte segunda, p. 2220 y siguientes.

peticiones de las jeremiadas de la Iglesia cuya lectura no es nada halagüeña. Después se queja el clero de que, á despecho de la censura, se vendan públicamente los libros no aprobados. Aun esto es una enojosa repetición. "Los libros abiertamente impíos, continúa el clero, no son, señor, las únicas armas de la incredulidad que ha sabido infestar con su veneno las obras más ajenas á la religión: historia, filosofía, ciencias, teatro, hasta las artes mismas, todo lo ha asociado á sus funestos complots., Todo esto lo sabemos nosotros; pero ¿dónde está el remedio? El clero nos lo enseña: "la incredulidad invade las ciudades y los campos, desde las condiciones superiores hasta las más oscuras, sin distinción de edades, de estados ni de clases., ¡Siempre historia antigua! En fin, dice la asamblea, "la incredulidad ha iniciado en sus misterios hasta el sexo cuya piedad era en otros tiempos el consuelo de la Iglesia., En efecto, los grandes señores trataban á Voltaire de santurrón porque creía en Dios. ¿A quién hay que culpar de que las mujeres se hicieran incrédulas? ¿No probaba eso que la antigua piedad era hija de la ignorancia, y que la fe católica se desvanecía como se disipan las tinieblas de la noche con la aparición de la luz del sol? ¡Llegamos, por fin, á la ruidosa medida que va imponer silencio á los incrédulos!

"Os conjuramos, señor, exclama la asamblea, por la santa unción que acabáis de recibir y por el solemne juramento que acabáis de pronunciar, por la gloria del cielo y para honor de vuestra corona, por vuestro interés y el de vuestros súbditos, por el mantenimiento de vuestra autoridad y el de la felicidad pública; os conjuramos á ello á nombre de vuestros ilustres predecesores, que con el imperio os dejaron la fe como la más preciosa de sus herencias, á nombre de todas las iglesias de Francia, cuyo duelo y consternación no podemos pintaros; os conjuramos á que no permitáis que la religión y la virtud continúen desfalleciendo en vuestro reino; desplegad contra la incredulidad y la corrupción los recursos de vuestro poder; reprimid la licencia con una justa severidad; alentad á la piedad y á la virtud con favores y beneficios y con vuestros ejemplos,, (1).

Ya sabemos lo que es la *medida ruidosa* que

(1) *Procesos verbales*, t. VIII, parte segunda, piezas justificativas, p. 706-710.

debía contener los estragos de la incredulidad: es un grito de agenia. El clero de Francia declara que la Iglesia no puede salvarse más que con el apoyo de la monarquía. ¿Á qué queda, pues, reducida la presunta verdad revelada, cuyo depósito tiene? ¡La verdad impotente para defenderse contra los ataques de la mentira! ¡Y esta verdad es una verdad divina! ¡Dicese que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y ésta viene á conjurar á un joven príncipe á que desplegue su poder contra la impiedad, si no quiere que la religión perezca y la Iglesia con ella! La *medida ruidosa* era una abdicación del poder espiritual: es preciso que el poder temporal intervenga para impedir la completa ruina de la fe. ¡Qué ciegos! ¡Como si las religiones se mantuviesen con la fuerza cuando han perdido el imperio de las almas!

Era tal la decadencia de la Iglesia, que no podía llegar á levantarse. La asamblea general del clero nos muestra este hecho en 1775, y nada más curioso que las razones que da para explicarle. El ministerio sagrado se había convertido en un oficio que nadie quería, porque no era bastante lucrativo. Oigamos al arzobispo de Tolosa: "Cuantos más progresos hace la educación, más costosa se hace; y de toda educación, no hay ninguna que pida más tiempo que la de los eclesiásticos, que no acaba sino con el sacerdocio. Si se considera lo que les cuesta á los padres durante diez y siete ó diez y ocho años, se comprenderá cómo gentes poco aventajadas en fortuna miran como el mayor de los esfuerzos el de haber educado un hijo para la Iglesia. Los padres están tanto menos dispuestos á dar esta educación á sus hijos, cuanto que la ventaja que se prometen no responde á los gastos y penas que han soportado. Si emplean 2.000 escudos en educar un hijo para el estado eclesiástico, estos 2.000 escudos dados á este hijo le proporcionarían en el comercio ó en los negocios un comienzo de fortuna susceptible de aumento, mientras que en el estado eclesiástico, por el contrario, un vicariato de 200 libras después del sacerdocio, algunas veces, después de muchos años, un curato honesto, más frecuentemente una porción congrua, apenas suficiente para sus necesidades, es el colmo de sus esperanzas,, (1).

Los prelados asediaron el trono con sus gemi-

(1) *Procesos verbales*, t. VIII, parte segunda, p. 2527-2529.

dos y súplicas, implorando el apoyo de la monarquía para defender la religión contra los incrédulos, sin preguntarse á si mismos cuál era la causa de la incredulidad. Los malos libros que ellos culpaban no eran ciertamente más que un síntoma del mal. Si la incredulidad invadía todas las clases de la sociedad, es porque la religión oficial no era más que una caricatura del cristianismo. Los obispos y los abates mismos lo confesaban sin sospecharlo. ¿Por qué se convirtió el ministerio divino en un oficio, y oficio poco apetecido? ¿Es que los discípulos de Cristo habían calculado también las ventajas que les reportaría su misión? ¿Estaban decididos á seguir á su maestro porque la profesión de apóstol era más lucrativa que la de pescador? ¿Quién tendría la culpa de que la vocación no fuese más que un cálculo en el siglo XVIII? La culpa no era ni de los pobres curas, ni de los más pobres vicarios; sólo en los rangos inferiores quedaba una poca de fe. ¿Por qué los altos prelados no hacían examen de conciencia? Haciéndole, no se hubieran admirado de que el ministerio eclesiástico se hubiese convertido en una profesión poco envidiada. La Iglesia era rica; y ¿quién se aprovechaba de su inmenso patrimonio? Se llamaba siempre por *irrisión* patrimonio de los *pobres*. Los pobres eran los segundones de la nobleza, que sus padres destinaban á la Iglesia, en la cual ocupaban las primeras dignidades. Como los abates y obispos nadaban en la abundancia, no quedaba para los curas más que la ración, y la miseria para los vicarios. Tales eran los sucesores de los apóstoles. ¿Qué mucho que los hombres creyesen en la religión de Rousseau más bien que en la del arzobispo de París?

II

¿En qué vinieron á parar las incesantes lamentaciones del clero y sus provocaciones á la severidad contra los autores de los malos libros? No le faltaba á la Iglesia voluntad de perseguir á los libres pensadores, sino fuerza. Hay hasta en su intolerancia una debilidad que denota la decrepitud. ¿Qué resultó? Que la Iglesia tuvo todo lo odioso inherente á la persecución, sin recoger los beneficios. Para vergüenza eterna del antiguo régimen, el *Espíritu de las leyes* se publicó en el extranjero sin el nombre del autor; ni un censor hubiera per-

mitido la impresión de un libro que honra la nación. La *Henriada* fué impresa en Francia, pero en prensas clandestinas é introducida furtivamente en París, como una obra criminal. Voltaire tuvo que publicar su *Siglo de Luis XIV* en Holanda y que recurrir á los contrabandistas para introducir en su país una obra que glorifica á Francia en su gran rey (1).

Existe un hecho más significativo y menos conocido. Buffón no era de temperamento revolucionario, y no pertenecía al círculo de los libres pensadores; pero el gran escritor tuvo la idea de imaginar una teoría sobre la formación del globo que no estaba en armonía con los libros santos. Los primeros volúmenes de su *Historia natural* fueron denunciados á la Sorbona. Éstos eran los preliminares de una censura. Los comisarios notaron catorce proposiciones que trataban tanto sobre el sistema del mundo como sobre diferentes puntos de metafísica, de dogma y de moral. Se iba á pasar al juicio, cuando el célebre naturalista declaró que estaba dispuesto á dar explicaciones que evitaran una condenación. Buffón tuvo la debilidad de dar las gracias á los doctores, por haberle puesto en situación de explicar su pensamiento. La explicación era una verdadera retractación. Decía Buffón "que él no había intentado de ningún modo contradecir el texto de la Escritura; que él creía muy firmemente todo lo que se refiere á la creación, tanto lo que se relaciona con el orden de los tiempos como á las circunstancias de los hechos, y que abandonaba todo lo que en su libro hacía relación á la formación de la tierra, y en general, todo lo que pudiera ser contrario á la narración de Moisés, no habiendo presentado su hipótesis sobre la formación de los planetas más que como pura suposición filosófica." Buffón explicó también los demás puntos é hizo protestas de su sumisión á las verdades reveladas (2). Su retractación no era más sincera que que la de Galileo; pero hay que añadir que el sabio italiano se plegó ante las amenazas de la tortura, mientras que en París no existía ya la Inquisición. Pero ¿á qué condenar á los escritores, cuando la Iglesia es la sola culpable? Si hubiera tenido poder para ello, hubiera ahogado el libre pensamiento, tanto en las ciencias como en la filosofía

(1) DROZ, *Historia del reino de Luis XVI*, Introducción.
(2) *Memorias para servir á la historia eclesiástica del siglo XVIII*, t. 1, p. 362-365.

y en la religión. ¡Tan verdad es que esta buena madre no tiene más anhelo que favorecer el desarrollo de la inteligencia!

Después de esto no cabe admirarse de que el Emilio de Rousseau fuese censurado. Se sabe que el arzobispo de París tomó parte en la liza, y que el gran señor no salió de ella muy bien librado. Juan Jacobo, en su carta á Mr. de Beaumont, se burla de los censores y de la censura. "Los simples que leerán un día mi libro dirán con admiración: ¡Qué angélicos debían ser los tiempos en que un libro como éste ha sido quemado como impío y su autor perseguido como un malhechor! Sin duda entonces todos los escritos respiraban la más sublime devoción y la tierra estaba llena de santos. Mas quedarán otros libros. Se sabrá, por ejemplo, que este mismo siglo ha producido un panegirista de la Saint-Barthélemy, francés y, como fácilmente puede suponerse, hombre de iglesia, sin que ni parlamento ni prelado alguno haya ni siquiera intentado molestarle." Al mismo tiempo que se quemaba su libro, fué Rousseau desterrado. Si la Iglesia hubiera tenido el valor de su intolerancia, se hubiera visto levantar las hogueras en el siglo XVIII. Un edicto del 16 de Abril de 1757 condenaba á pena de muerte "á todo el que estuviese convicto de haber compuesto, publicado ó vendido escritos tendiendo á atacar la religión." ¡Esto no era más que una vana amenaza! Los ministros de Luis XV y hasta sus queridas protegían á los incrédulos contra los parlamentos; en cuanto á las censuras de la Sorbona y á las órdenes de los obispos, eran una suerte para los libres pensadores.

La correspondencia de Voltaire y de d'Alembert está llena de recriminaciones contra el espíritu de intolerancia que reinaba en los tribunales de justicia. Verdad es que los jansenistas ocupaban los sitios de la alta magistratura, y con la fe conservaban la herencia de la intolerancia católica. D'Alembert escribía á Federico II: "Los parlamentos están todavía, si cabe, más embrutecidos que el clero por el espíritu de tolerancia que los domina. Son simples fanáticos jansenistas que, si pudieran, nos harían gemir bajo el despotismo de los absurdos teológicos y en las tinieblas de la ignorancia que arastran á la superstición y á la opresión," (1). En otra carta, el filósofo francés escribe

(1) FEDERICO, *Obras*, t. XXIV, p. 411.

á su real corresponsal: "Vuestra Majestad no tiene idea del desenfreno general de los hipócritas y de los fanáticos contra la desgraciada filosofía. Como ven que su casa arde por los cuatro costados, arrojan las vigas encendidas sobre los transeúntes. Toda la baja literatura está á sus órdenes, y grita sin cesar *religión* en folletos, diccionarios y sermones. La mayor parte son hombres desacreditados por sus costumbres y algunos salteadores de caminos; pero esto no importa; nuestra santa madre la Iglesia emplea todo lo que puede para su defensa, y al ver en línea de batalla este ejército de truhanes mandados por curas, la filosofía puede decir á Dios con Joad: *¡Hé aquí á los vengadores que se arman para su defensa!*" (1).

¿No parece esto una relación de nuestros días? La intolerancia ha crecido, gracias á la reacción católica que ha seguido á la Revolución francesa. Pero hasta en los más audaces, es una intolerancia que se avergüenza de sí misma. El celoso se limita á veleidades de persecución: la desea, pero no se atreve. Con todo, tendría valor para ello, si la Iglesia tuviera la fuerza necesaria; esto se ve por las furibundas declamaciones de sus defensores. Los recluta poco más ó menos como se hacía en el siglo XVII. La Iglesia paga bien, es verdad; pero el talento y las convicciones no se compran con dinero. Necesario es, pues, que se contente con hombres que insulten y llenen sus periódicos católicos con sus santas diatribas y con sus calumnias ortodoxas. Cuando una religión llega á este punto, está muy cerca su fin.

III

El clero galicano, dicen los ultramontanos, no constituye la Iglesia. Veamos lo que pasaba en Roma. Existe allí un cura que se llama el vicario de Dios, y al que sus aduladores deifican proclamándole infalible. ¿Qué hicieron los papas para detener el progreso de la incredulidad? Los unos permanecieron en una indiferencia é inacción completa, y aquellos que intentaron hacer algo hubieran debido imitar este ejemplo, porque sus vanas maldiciones no sirvieron sino para hacer patente su impo-

(1) *Carta de d'Alembert á Federico*, 14 de Mayo de 1773 (*Obras de Federico*, t. XXIX, p. 601).

tencia. Oigamos á los jefes del poder espiritual orando contra la filosofía: órganos de la verdad absoluta, sus palabras van á aniquilar el libre pensamiento. "Hé aquí á Clemente XIII que condena la *Enciclopedia* de Diderot. ¿Por qué se ensaña en la *Enciclopedia* más que en Voltaire ó en Rousseau? Con toda su infalibilidad, ignoraba que estos dos hombres tenían cada uno de ellos más influencia que todo el ejército de enciclopedistas. ¿Qué dice el santo padre de la *Enciclopedia*? Que contiene proposiciones falsas, perniciosas, escandalosas, que conducen á la incredulidad y al desprecio de la religión, y abre el camino á la corrupción de las costumbres y á la impiedad." Nada más inútil ni más injusto que las censuras en masa, á que es tan aficionada la Iglesia: no se sabe lo que condena, y se ignora por qué condena. Cuando se posee la verdad revelada por sí misma, lo menos que se puede hacer es combatir las tinieblas esparciendo la luz. Después de las fórmulas de condenación, vienen las igualmente lamentaciones vulgares. Deplora el papa, en la amargura de su corazón, que los tiempos anunciados por el Salvador han llegado, que la caridad se enfria y se corrompen las costumbres. No decía una cosa muy nueva Clemente XIII al hacer constar que las doctrinas impías inundaban la sociedad, por consecuencia del desenfreno en escribir y filosofar: "La fe, dice, y la revelación divina son atacadas con impudor; la incredulidad se enseña públicamente; los impíos quieren destruir la Iglesia á la cual Jesucristo ha prometido la eternidad," (1).

Si realmente la Iglesia es eterna, ¿por qué el papa gime y se queja? ¿Por qué no desdeña los pigmeos que pretenden escalar el cielo? Se dirá que es para salvar las almas para lo que el santo padre señala el veneno de la *Enciclopedia*. Parece que las almas no querían salvarse. Algunos años más tarde, Clemente XIII escribió una *Carta Enciclica* á los obispos, sobre los malos libros, agotando el vocabulario de las injurias y de la indignación: "La insolente licencia de los libros... La execrable perversidad del error... Los hombres perdidos... El pestífero contagio de sus escritos... Estos escritores abominables, parecidos á serpientes venenosas... vomitan el veneno de su alma... Delirio de los impíos... Ellos repiten hasta la saciedad obje-

(1) *Bullarium Clementis XIII* (Roma, 1835), t. 1, p. 222-224.

ciones mil veces refutadas...» (1). ¡Esto se llama lanzar rasgos más vanos que los de Júpiter! Lo que se necesitaba eran razones para cerrar la boca á los incrédulos, tener más ingenio que ellos para encantar á sus lectores. Pero la inteligencia y el ingenio han sido siempre cosas muy raras en la Iglesia. ¡El medio de ser razonable cuando es necesario defender misterios que están en oposición con la razón, de ser ingenioso cuando se ha de tomar partido por los milagros y reliquias, es decir, la más necia de las necedades! La Iglesia ha encontrado el secreto de pasarse sin inteligencia y sin ingenio: impone silencio á sus adversarios. Nada más fácil que esto en la edad media; no se tenía prensa y se tenía las hogueras. Pero ¿qué hacer una vez inventada la imprenta? Clemente XIII, lo mismo que el clero de Francia, dice que todo el mal proviene de que no se ha impedido la publicación de los malos libros (2). De modo que el remedio sería la censura. ¡Ay! La censura existía en Francia, y, sin embargo, los malos libros pululaban. Si la censura es impotente, no queda más que el fuego. Condenando la *Enciclopedia*, Clemente prohíbe, por de pronto, leerla bajo pena de excomunión mayor para los laicos y de suspensión para los clérigos. ¡De suerte que la *Enciclopedia* encontraba lectores hasta en el seno del clero! Hé aquí un signo de los tiempos. El papa hubiera querido impedir á todo el mundo leer este libro abominable, y ordena á todos los que posean un ejemplar de esta obra que la entreguen á los obispos ó al inquisidor, para que sea quemado. La orden se dirigía tanto á los libreros como á los particulares, como se ve por la bula que condena el libro del *Esíritu* de Helvecio (3). No hacía falta más que una cosa para la ejecución de estas bulas de vandalismo, la fe. Pero si la fe hubiese reinado aún en los espíritus, no hubieran existido ni Helvecio ni los enciclopedistas.

Decía un papa en el siglo XVI que no había más que un remedio contra la herejía, el fuego. Paulo III opinaba que se debía quemar á los hereéticos juntamente con sus libros. Esta es la verdadera doctrina de Roma y de la Iglesia. En el siglo XVIII, los papas se hubieran contentado de

(1) *Bullarium Clementis XIII*, t. III, p. 225-227.
 (2) *Bullarium Clementis XIII*, t. III, p. 72.
 (3) *Bullarium Clementis XIII*, t. III, p. 141, 88.

buena gana con la destrucción de los libros, cosa que no pudieron lograr. Dudamos que en Francia haya sido entregado á un obispo y quemado un ejemplar de la *Enciclopedia*. Clemente XIII tuvo por sucesor un papa de genio más dulce; Ganganelli comprendía las exigencias de su tiempo: abolió los jesuitas, y procuró la conciliación con los príncipes, predicando el respeto á la autoridad temporal. Esto es otro signo de decadencia. Ganganelli, órgano y jefe del poder espiritual, hace patente el mal creciente de la incredulidad: «¿En qué época se ha visto nunca elevarse casi de día en día y circular opiniones tan perniciosas, que tienden á debilitar la fe? También estamos llenos de dolor á la vista de esta pestilente enfermedad de las almas que se extiende y se propaga cada día... El mal es ciertamente un mal espiritual; ahora bien, ¿no existe un poder espiritual que se concentra en el papa? ¿Por qué Ganganelli no recurrió á las armas espirituales? Sabe el papa lo que valen, y sabe, por propia experiencia, que los reyes dan la ley á la Iglesia. Procura interesarlos en la salvación de la religión y dice: "Nadie ha declarado nunca la guerra á las divinas prescripciones del Cristo que al mismo tiempo no haya merchado el respeto debido á los príncipes y turbado la tranquilidad de los pueblos...» (1). No veía Ganganelli que los reyes eran muy malos protectores, porque ellos mismos necesitaban ser protegidos. ¿Qué pensar de la Iglesia, cuando se ve al papa colocarla bajo el apoyo de Luis XV? "Después de Dios, dice, coloca su principal confianza en la religión de que está penetrado el corazón del rey, su muy querido hijo en Jesucristo, y lo espera todo de su real concurso...» (2).

Un hecho sobresale en esta decrepitud de la Iglesia. Los papas y los altos prelados de Francia apelan sin cesar á la solidaridad del altar y del trono. ¿Y qué era la monarquía cuya protección invocaban? ¡La monarquía del crapuloso Luis XV! Despertaba la Iglesia el celo de los príncipes, diciéndoles que la licencia religiosa y la licencia política iban siempre unidas. Esto, que ella llamaba licencia, era el primer despertar de la libertad, de esos innatos derechos del hombre sin los cuales

(1) THEINER, *Epist. Clementis XIV*, p. 39.—*Historia del pontificado de Clemente XIV*, t. 1, p. 277-279.
 (2) THEINER, *Historia del pontificado de Clemente XIV*, t. 1, página 454.

sería igual al bruto. El celo del trono y del altar quería decir: mantenimiento del antiguo régimen, lo mismo para el Estado que para la Iglesia. El papa, así como el clero de Francia, no veía que el pasado que quería sostener se derrumbaba y estaba destinado á morir, y que en esas eternas jeremia-

das no había más que una previsión justa. La monarquía y la Iglesia eran efectivamente solidarias, en el sentido de que representan la vieja sociedad, y, por consiguiente, debían morir juntas. Ya murieron, y la reacción no salvará á la Iglesia más que á la monarquía.